

tes ó malignos hipócritas que pretenden hallar la dicha en el desarrollo indefinido de los deleites sensuales, que no concebimos que la felicidad del hombre consista en el sensualismo, en la felicidad del cuadrúpedo, y les dirigimos aquellas palabras de Lactancio á los filósofos gentiles: «¡ Oh! «nosotros dudáramos que efectivamente éramos dichosos si «así os lo pareciéramos á vosotros (1).» Por cierto que no les envidiamos una felicidad que despues de ser una verdadera desdicha, como hemos probado en toda la obra y probaremos aun, les envilece, les degrada y les embrutece. Les decimos que no concebimos que sea estimar la dignidad del hombre y celar por ella asimilarle é identificarle por sus doctrinas con el cuadrúpedo. Les decimos que no concebimos que la moralidad consista en denigrar las virtudes y deificar los vicios. Y les decimos, por último, que no concebimos que el progreso y la civilizacion consistan en profesar doctrinas disolventes, revolucionarias y antisociales, que destruyendo todos los principios, hundan la sociedad.

§ V.—QUINTA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los misericordiosos* (2).

Ya hemos visto cuando discurrimos acerca de la virtud de la caridad, y lo veremos aun cuando hablemos de las obras de misericordia, que el Cristianismo extrayendo al hombre de aquel duro egoismo en que las religiones gentílicas le tenían encerrado, le enseñó á sentir y llorar los infortunios de sus semejantes, y que uniéndose á ellos con lazos afectuosos ha hecho brotar en los corazones la compasion de la desgracia y de la miseria ajena. Y no solamente una conmiseracion pasiva, si podemos decirlo así, sino tambien activa, dado que no solo ha hecho al hombre sentir la miseria, sino que le ha impulsado fuertemente á socorrerla; extremos ambos que abraza esta bienaventuranza.

(1) «Hoc uno beati esse in hac vita possumus, si minime beati esse «videamur; si fugientes illecebras voluptatum solique virtuti servientes in omnibus laboribus miserisque vivamus, quæ sunt exercitia et «corroboramenta virtutis; si denique asperam illam vitam difficilemque «teneamus, quæ nobis ad beatitudinem patefacta est. Summum igitur «bonum, quod beatos facit, non potest esse nisi in ea religione atque «doctrina, cui spes immortalitatis adjuncta est.» (*Divin. instit. lib. III, De falsa sapientia Philosophor. cap. 12.*)

(2) «Beati misericordes.» (*Matth. v*).

Además de lo mucho que la misericordia y la compasion recomiendan y dignifican al hombre porque demuestran en él un corazon generoso, unos sentimientos nobles y un alma grande (1), además de lo mucho que mejoran al hombre en el trato comun de la vida, que tornan mas hermoso y lisonjero; además de los inmensos beneficios y ventajas que reportan á la sociedad introduciendo en ella tantos y tan poderosos y tan firmes elementos de union, de paz y de orden, tenemos los inmensos consuelos que comunican al infeliz que es objeto de ellas, como tambien probamos entonces recordando la disposicion natural del corazon humano á mitigar sus penas con la enumeracion de las mismas, especialmente si las manifestamos á personas que se duelen con nosotros y lloran con nosotros. Por manera que esta bienaventuranza como todas las demás, y cuantas doctrinas pueda reclamar el Evangelio como suyas, rebosan de consuelos y de beneficios: beneficios para los que compadecen, beneficios para los compadecidos, y beneficios para el trato y para la vida social. «La beneficencia es como un paraíso «en bendiciones,» dice el Sábio (2).

Peró ¡ ay! que estando harto desterradas de la Reforma y del Filosofismo, como lo estaba y está del Paganismo la piedad y la misericordia, no hay entre los protestantes y sofistas mas que lo que habia entonces, egoismo, exclusivismo, miembros separados, sin union ni simpatías, é individuos que á nadie pertenecen sino á sí solos; y por consiguiente el infeliz que tenga la desgracia de serlo bajo el reinado de estos desoladores sistemas, perteneciendo á él solo todo el horror y la amargura de su infortunio, pasará una vida terrible que regularmente, y, como acreditan la experiencia y la historia, llevándole á la desesperacion terminará con el suicidio.

§ VI.—SEXTA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los limpios de corazon* (3).

«Con estas cortas palabras, dice Bergier (4), ilustró Jesu-

(1) «Benefacit animæ suæ vir misericors.» (*Prov. xi, 17.*)

(2) *Eccli. xl, 7.*

(3) «Beati mundo corde.» (*Matth. v*). «Quos non arguit ulla conscientia peccati.» (*S. Hier. ibid.*).

(4) *Diccionario de teología*, artículo *Castidad*.

«cristo al mundo, y le purificó de los desórdenes del Paganismo.» La pureza del corazón es el resultado de la obediencia de los preceptos, del cumplimiento de los deberes y obligaciones, y de la práctica de la virtud, y ninguna satisfacción lícita le es dada al hombre mayor que la que esto le reporta. Además la pureza del corazón lleva consigo la quietud y el reposo de la conciencia, librando así al hombre de aquellos crueles remordimientos, de aquellas punzadas atroces, de aquellos sobresaltos, angustias y temores, única cosa que le queda al hombre del vicio y de la impureza, así como de la flor que se aja entre los dedos no queda más que la espina.

Poco importa que las apariencias, la calumnia ó la perversidad humana se empeñen en presentar culpable al hombre: importa poco que el mundo empañe ó niegue su inocencia; si su corazón está limpio, si no le remuerde su conciencia, le desazonará tal vez la calumnia, si aun no ha llegado á un grado alto de perfección cristiana, pero nadie le podrá arrebatar la gran dicha y satisfacción interior que le reportan su inocencia y su justicia. El corazón puro y contento que no ha dado entrada á la ambición está libre de aquellos temores, angustias y sobresaltos que aquejan al avaro por lo que posee, ó, mejor dicho, por lo que le posee á él, porque el avaro es propiedad de sus riquezas: está libre de aquellos desvelos crueles, afanes y ansiedades por adquirir más, y de aquellas atroces penas y pesadumbres por lo perdido. El corazón puro y casto que ha cerrado sus puertas á la sensualidad elude aquella continua comezon del deleite, aquella insaciable sed de goces impuros, aquel cruel y continuo relinchar por el placer, efectos de la costumbre que atormentan á los voluptuosos, aumentándose sus torpes deseos á medida que disminuyen las fuerzas para satisfacerlos. El corazón puro y recto, que se ha opuesto valerosamente á todas las exigencias caprichosas é ilícitas, á la parcialidad y á la injusticia, reposa tranquilo, sin que incansablemente le quiten el sueño y le desvelen cruelmente los constantes clamores de un derecho arrebatado, de una justicia desoída, ó de una inocencia atropellada. Por último, el corazón puro y justo, que no ha prestado sus oídos á consejos insanos, que no ha transigido con las pasiones, que ha practicado la virtud, y que se ha conservado sin mancha

en medio de la corrupción del mundo, luego que da el último latido pasa veloz y brillante á una felicidad y á una dicha sin fin.

Confiesa un incrédulo que el Cristianismo es el único culto que promete á los hombres una recompensa digna de ellos: *El cristiano gozará de su Dios* (1).

Vista la dicha y dignidad que aun en esta vida comunica al hombre la pureza del corazón, cuyas inmensas bellezas y ventajas para la sociedad son demasiado resalantes, como que esta y todas las bienaventuranzas del Catecismo católico son eminentemente sociales, dejamos á la consideración del lector el juzgar quién es el que cela y se desvive por la pureza del corazón de sus prosélitos, el Catolicismo, ó la Reforma y las sectas filosóficas.

§ VII.—SÉPTIMA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los pacíficos* (2).

Supuesto el estado presente de degeneración del hombre, y bien manifiesta la necesidad de la vida social, no hay misión en la tierra más elevada, más noble ni más digna que la de tener paz con los hombres, y conciliar la paz entre los hombres, cosas ambas que, con la paz con Dios por la ausencia del pecado, y la paz consigo mismo por la represión de las pasiones, abraza esta bienaventuranza, según expresión de san Jerónimo (3). «¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian los bienes (4)!»

No creemos sea necesario esforzarse mucho en probar que sea dichoso aquel que vive en perfecta paz y armonía con los demás hombres, porque esta paz y armonía indican que está exento de toda injuria, y de todo delito contra ellos; y esta exención del mal moral es cabalmente la mayor felicidad. Aun más feliz es el hombre cuando guarda paz consigo mismo, porque esta paz demuestra que ha conseguido dominar sus pasiones; dominio que evitando los efectos de las mismas, le acarrea la felicidad mayor que puede disfrutarse

(1) El autor del *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3.

(2) «Beati pacifici.» (*Matth.* v).

(3) «Qui primum in corde suo deinde et inter fratres dissidentes pacem faciunt.»

(4) *Rom.* x, 15.

sobre la tierra, como que es precisamente la felicidad del hombre en su estado puro é inocente.

Tambien es en gran manera dichoso el pacificador, «el que «concilia la paz entre los hombres,» como dice san Agustin. Lo primero, porque pacificando es natural que sea pacífico, y siéndolo, es dichoso de la manera que hemos dicho, «el «fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen «paz (1);» y lo segundo, porque pacificando trabaja por su parte para llevar otra vez á los hombres á su primitivo y feliz estado, cuyo carácter esencial seria la paz; y los medios que conducen á un fin dichoso han de ser tambien necesariamente felicitadores. Por manera que felicitando la paz al que la da y al que la recibe, al que la tiene y al que la admite, hace distributivamente dichosos á todos los individuos, y por consiguiente á la sociedad, por derivarse sucesivamente el bienestar de los individuos á las familias, á los pueblos, á las provincias y á los Estados. Y esto prescindiendo de los bienestares colectivos que surgen de las reconciliaciones que directamente se realizan de familia á familia, de pueblo á pueblo, y de nacion á nacion.

Ahora bien: no hallaria papel bastante aquel que se propusiera formar el catálogo de todas las paces generales y particulares que ha conciliado el Catolicismo, ¿qué digo de las particulares? ni aun las conciliadas en un reducido confesionario. La Reforma ya nos mostró en vida de Lutero con la guerra de los paisanos de qué manera venia á conciliar la paz entre las diversas clases y condiciones de los hombres; en sus célebres leyes de divorcio, de qué modo procura por la paz de las familias, y en el destrozo que ha hecho de la caridad y de la simpatía cristiana, cómo ha turbado la paz entre los individuos, y en todo la de la sociedad.

Y ¿cómo procura el Filosofismo conciliar la paz? Maquinando y atentando contra la vida de aquellos que la sostienen, y aspirando con sus tendencias socialistas y comunistas á destruir la sociedad, la familia, y hasta el individuo como hombre digno, refundiéndolo todo en una horda.

(1) Jacob. III, 18.

§ VIII.—OCTAVA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia* (1).

«Lidia por la justicia en favor de tu alma, y hasta la muerte combates por la justicia, y Dios peleará por tí contra tus «enemigos (2).» Esta bienaventuranza, á diferencia de las demás, parece que únicamente convida al hombre á ser dichoso despues de su muerte; porque á primera vista no se concibe muy bien cómo pueda ser feliz en la tierra un hombre continuamente perseguido; y sin embargo es dichoso en realidad cuando la persecucion, como la de que habla la bienaventuranza catequística, es injusta, pareciendo, por el contrario, que por lo mismo que es injusta debiera atribularle mas.

Cuando el hombre injustamente arrollado, perseguido ó tiranizado por el que proclama á su fuerza por única ley de justicia (3), es un cristiano verdadero, aun es entonces mas dichoso que en la calma y en la bonanza, porque para él estas persecuciones y violencias son precisamente la materia de que elabora su virtud, y la contempla, como ya dijimos, con la misma serenidad y complacencia con que el artifice contempla la abundancia de materiales para sus obras. *Et facere et pati fortia romanum est*, dijo Tito Livio. Poco despues el heroismo de los Mártires le hubiera obligado á escribir *christianum est*.

Mientras mas persecuciones injustas, mas virtud, y mientras mas virtud, mas dicha. Cuando una persona pública, v. g., se ve por su incorruptibilidad perseguida por el poderoso, cuyas pretensiones injustas desoyó (4), rechazando indignado sus ofertas, aun cuando se vea destituido por su perseguidor del destino que honró, ¿qué pierde? nada: no hace mas que verificar un cambio en que lleva ganancias inmensas: él permuta su empleo por el aprecio y la estimacion pública que se captó por su fortaleza y rectitud, y lo que es mejor, por aquella suavísima satisfaccion que ino-

(1) «Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam.» (Matth. c. v).

(2) Eccl. IV, 33.

(3) Sap. II, 11.

(4) «Nec minus periculum ex magna fama quam ex mala.» (Tacit. *in vita Agricola*).

cula en su espíritu la convicción íntima de que si ha perdido su destino y con él los medios de subsistencia, ha sido por haberlo sacrificado todo á la pobreza, á la orfandad ó al desamparo que la iniquidad queria arrollar, y esta es una satisfacción gratisima con la cual apenas podrá compararse nada en el mundo. «Gozo es al justo la justicia, y «susto á los que obran la iniquidad (1).»

Si al perfecto cristiano se le despoja inícuamente, él se consuela alzando su vista al cielo, donde está su verdadero tesoro que nadie le podrá arrebatarse (2). Si inocente se le precipita en los calabozos y en las prisiones, él bendice y besa alegre una cadena de hierro que espera ver convertida en corona de oro incorruptible. Si víctima quizás de la envidia, ó bien porque estorba para la iniquidad su virtud, como aquel de que habla el inícuo (3), se le destierra de su patria, él contesta como en otro tiempo san Basilio á Modesto, prefecto de Oriente: «Toda la tierra es para mí un «destierro,» é instintivamente eleva sus ojos al cielo donde está su patria verdadera, en la cual no podrán estorbarle la entrada sus perseguidores, ayudándole por el contrario con su comportamiento tiránico á subir á ella.

Ved aquí, pues, cómo las persecuciones cuando son injustas hacen al hombre dichoso aun en medio de ellas, por los consuelos y satisfacciones que le fructifican, por la calma inalterable en que le abisman, y por las hermosas esperanzas que le hacen concebir. Muy diversa seria su suerte si fuesen justas estas persecuciones, porque entonces demostrarían que era delincuente, y á ningún culpable es dado ser feliz (4), porque el delito arrebatando al corazón el reposo, y llevándole el terror y el remordimiento, es incompatible con el bienestar y la dicha (5). Por eso advierte san Jerónimo: «De propósito añadió (Jesucristo) *por la justicia*, porque muchos padecen persecucion por sus delitos y no son «dichosos (6).»

Pero ¡ay! que tambien esta bienaventuranza habla úni-

(1) Prov. XXI, 15.

(2) «De quo pelli non possit.» (S. Aug. *in hoc loco*, pag. 2).

(3) Sap. II, 12 et seq.

(4) «Etiam si cætera quæ putantur effugerit.» (Cic.).

(5) «Suam quemque scelus agit.» (S. Aug.).

(6) «Signanter addidit *propter justitiam*. Multi enim persecutionem «propter sua peccata patiuntur, et non sunt justii.» (Ibid.).

camente con los creyentes, con los virtuosos, con los verdaderos cristianos, con los que esperan el resarcimiento, la indemnización y la recompensa, con los que se consideran, como en realidad son, fugaces pasajeros en la tierra. De ellos es esta bienaventuranza exclusivo privilegio. Ella no alcanza á esos infelices gentiles y sofistas perversos que no viendo mas allá de la tumba nada que indemnice, resarza ni premie sus dolores y sufrimientos, en vez de ser con ellos dichosos, ó suavizarlos y mitigarlos como el cristiano, no abrigando ninguna esperanza se acibararán sus lágrimas y se recrudescerán sus penalidades, viniendo á terminar tan triste vida una muerte horrorosa. ¡Y ha habido hombres en el mundo, y en el corazón de la Europa civilizada y cristiana, que han dicho «ser el mayor amigo del «género humano el que consiguiese desterrar la fatal idea «de un Dios, ó disminuir sus terribles influencias (1)!» Y en el centro del Cristianismo resonó este eco de Lucrecio.

Examinaremos ahora los catorce principales beneficios que nos dice el Catecismo católico podemos dispensar á nuestros semejantes en su cuerpo y en su espíritu, y que son otras tantas virtudes que tienen por objeto al prójimo, ramas preciosas todos ellos del tronco celestial de la caridad. Con esto hemos nombrado las obras de misericordia.

CAPÍTULO IV.

OBRAS DE MISERICORDIA.

«¡Cuántas obras de misericordia ha hecho el Evangelio, «exclama precisamente un enemigo del mismo (2).» Una religion que como la de Jesucristo se reasume perfectamente en esta hermosa trinidad, — abnegacion — compasion — caridad, — no puede dar un paso ni volverse á ninguna parte sin que socorra una miseria ó enjague una lágrima. El desgraciado que acercándose con fe animosa al Evangelio toca sus suaves resortes, queda en el mismo instante perfectamente tranquilo y consolado, así como desaparecian al momento el dolor y las enfermedades de aquellos que con

(1) El autor del *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo*.

(2) Rousseau, *Emilio*.